

Diputación: un mes agitado

“Ni democracia ni leches; esto ha sido lucha a campo abierto”. Semejante expresión, pescada al vuelo en el círculo de uno de los candidatos a la presidencia de la Diputación, resume, de algún modo, el extraordinario y confuso proceso electoral que la provincia de Cuenca ha vivido en los últimos tiempos y cuyas consecuencias, seguramente, se prolongarán en el inmediato futuro, de forma aún imprevisible.

Estaba ya casi a punto EL BANZO número 5, con todos los originales en la imprenta, cuando saltó a la calle la sorpresa de la candidatura de Constantino Palomino a la presidencia de la Diputación. De prisa y corriendo tuvimos que alterar algunas de las cosas ya escritas, a fin de alcanzar, aunque levemente, tan inesperado acontecimiento. Esta precipitación hizo que nuestro comentario anterior pecase de muchos defectos; sobre todo, uno: la falta de información completa sobre el desarrollo de los hechos.

A partir del momento en que se conoció la noticia de la candidatura de Palomino, el equipo en pleno de EL BANZO se dedicó a recopilar, por los más pintorescos sistemas, todos los datos posibles que permitieran reconstruir una de las historias más apasionantes de los últimos años en nuestra provincia. No han faltado las conversaciones de alto secreto, las llamadas telefónicas, los oídos bien atentos en cualquier rincón ni, lógicamente, las entrevistas, exhaustivas, con los dos candidatos, después de la votación. Hay que reconocer, desde luego, que tal operación ha supuesto un enorme trabajo para nosotros porque después de tantos años en que todo nos lo dieron hecho, los informadores cuencenses estábamos totalmente desentrenados. Con lo que se puede concluir en que la dichosa democracia ha venido a ponernos a todos al borde del infarto o, cuando menos, del sofoco.

Habemus presidente

Por lo menos, se quedaron estupefactos. Primero, unos y luego, los otros. Quienes éramos neutrales, mantuvi-

mos un estado permanente de estupefacción.

Estaba claro —o bastante claro, al menos— que Constantino Palomino iba a ganar. Sólo con una gran seguridad en los votos disponible se puede explicar su lanzamiento a la aventura, contra viento y marea. La actitud de los dos candidatos, antes de la votación, era significativa: preocupado Muñoz Durán; seguro, sonriente, guiñando el ojo a diestro y siniestro, Constantino Palomino.

Los diputados, once, celebraron una reunión previa, en la que se plantearon una curiosa cuestión: votar en público o no votar. Dicho de otro modo: hacer una votación secreta, en la sala de sesiones y, una vez conocido el resultado, bajar a comunicárselo al derrotado, para que retirase su



CRUCES SANTIAGO,
UNA AUSENCIA MISTERIOSA

candidatura. “No hay que darle sangre al pueblo” decía uno; “vamos a hacer el ridículo”, afirmaba otro. No llegaron a un acuerdo y, a las diez en punto, los diputados formaban en sus escaños, dispuestos a protagonizar la histórica jornada en que la democracia —poca, pero alguna— entraba por nuestras puertas.

Once diputados. Faltaba uno, Ma-

nuel Cruces Santiago, alcalde de Huate, incondicional de Palomino. Primera sorpresa para los observadores. Era imposible que el aspirante renunciase a un voto seguro. La excusa: enfermedad grave de un familiar, en Zamora, había obligado al diputado a estar ausente en la convocatoria. La ausencia de este voto permanece todavía en el secreto y, seguramente, los implicados tardarán algún tiempo en explicarla.

Para quienes estaban convencidos de la derrota de Muñoz Durán —la mayoría de los asistentes— el resultado de la primera votación supuso un impacto: siete a cuatro a favor del presidente anterior. Cinco minutos más, y la votación dió la vuelta: seis a cinco a favor del aspirante. En la claque, surgió un aplauso, apenas coreado; a estas alturas, todavía se deben estar preguntando los protagonistas qué pasó. Pero en tan breve fracción de tiempo, dos personas cambiaron de criterio, cambiaron el voto y cambiaron el presidente de la Diputación.

Manos inocentes

El candidato triunfante atribuye el cambio a los insondables designios del alma humana; allá cada cuál con su conciencia, viene a decir Constantino Palomino. Para el derrotado, Muñoz Durán, no existe explicación posible.

Vayamos con las teorías que pueden justificar esos dos misteriosos votos que cambiaron de color en un lapso de tiempo tan breve, que fue casi un soplo.

Teoría una: fue un montaje escrupulosamente preparado para que saliera como salió. Todo estaba previsto que fuera así y por uno de estos motivos: para que la derrota de Muñoz Durán no fuera muy escandalosa, a la primera o para hacerle sufrir concibiendo esperanzas de que podía ganar.

Teoría dos: los dos electores, dudosos en su criterio, se dejaron llevar primeramente por sus propias convicciones, pensando quizá que el resto de diputados podría sacar adelante la can-